

Poemas

Sergio-Jesús Rodríguez

PLUMA

I

COMO UNA brújula perdida,
gira en mitad de la nada:
norte de ausencias.
¿De qué golondrina ha caído?
¿Qué desplumada nube
lanza entintado su relámpago?

II

LA ARRASTRA un soplo misterioso,
trémula boga en lo blanco
del sepia al negro,
como follaje de árbol crece y
jamás llega a la orilla,
nuez rota que late en un río.

PLAYA

I

ENCRUCIJADA del retorno
donde polvo de espuma, huesos,
gastadas rocas
ha trazado un tibio sendero,
la infantil alharaca
de las focas es otro oleaje.

II

ADHERIDA a mis pies la arena
Sirena del pensamiento
su cola extiende,
como la bruma y la marea
traigo desde muy lejos
anhelos, suspiros y lágrimas.

III

LA PLAYA, el mar, el cielo diáfano
con sus ardientes estrellas
me hacen más real,
el sabor del vino es profundo
y ávida entre mis brazos
ella es la claridad desnuda.

LENGUA

I

ENTRE EL ardiente sol del cielo
y el de esta escritura pálida
mucho se pierde,
como su calor matinal
tirados en la playa,
mas ganamos su alma sonora.

II

HÚMEDA y tibia teje el tiempo,
sus frutos son las palabras,
transparente árbol
del más allá y del más acá,
frontera de los besos,
llama que salva o nos condena.

PIES

I

LA BELLEZA es licor que embriaga,
tus pies son raíces, pétalos
y colibríes,
cada paso andas sobre nubes,
perfume inapresable
tocas sin que nada te toque.

II

¿ACASO imprime el pez en agua
sus nerviosos coletazos?
El hombre, sí,
y también la mujer descalza
que el sol tuesta en la playa.
Nuestra huella es la transparencia.

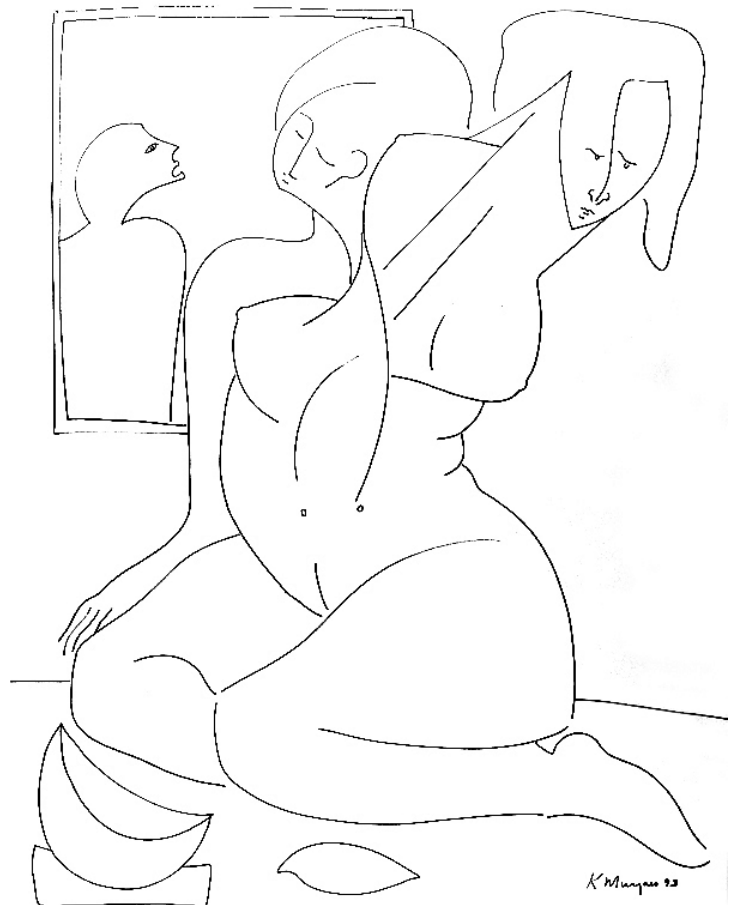
OTOÑO

I

COMO UNA caricia dorada,
que siembra en mi corazón
su ambiguo soplo,
ha esparcido ignotas reliquias
de efímero valor,
hojas de juventud marchita.

II

LOS ÁRBOLES a diario escriben
y el viento es un buen cartero,
bajo tus pasos
cuanto amor y cuántas desdichas
arderán en la senda
que los robles han alfombrado.



DOS SONETOS

DESCANSA ángel amargo del dolor,
la noche es clara y suena enfebrecida
en lenguas que se dan en su embestida
los bondadosos frutos del amor.

Como la transparencia de un licor
hay caricias que muestran una herida,
la ráfaga de luz desconocida
que nos deja en el sexo su temblor.

Al mirar nuestro solitario ombligo
vemos la ardiente soledad de un beso,
la copa de ternura en la desgracia.

Por tanto, mi buen ángel estás preso
justo a orillas del mundo, aquí, conmigo,
donde la mutua entrega es una audacia.

Es DIFÍCIL andar solo en el mundo
seguido por la sombra y por el viento
como el espíritu tenaz y hambriento
de un Caín desolado, furibundo.

En este imperio de dolor inundo,
las palabras, genético pez lento,
son hostia, vino fresco, pensamiento
que dan patria y cobijo al vagabundo.

Abajo cintilea una ciudad
inmersa en el abismo de los sueños,
mientras la cruzan naves y un cometa.

Ésta es la piel del hombre en soledad,
piel de palabras, nómadas trigüeños
que ascienden con la niebla del planeta.

LOS HIJOS DEL ESTUPOR

EN LA SOMBRÍA transparencia
de esta ciudad informe
con sus diversos tonos del asombro,
las avenidas y sus múltiples epidermis
desvelan bajo la piel clara del día
lo que la noche engendra en sus penumbras.

Un limosnero ciego
con la mirada fija en el espíritu
del caos invicto,
que le ha quemado con su cal viva las pupilas,
se incorpora y avanza
entre la multitud y el tránsito de autos
para proclamar voz en grito
los nombres de los hijos del estupor
y el de las calles
por donde se deslizan como sombras.

EN EL ESTUPOR del espejo
que se asoma a las alcobas,
el tálamo es de arena,
los amantes de polvo,
el amor una fragancia que gotea.

BROTAN DEL espejismo incurable
de una placenta prodigiosa
en el torrente del asfalto vivo.

Brotan aún con ceniza en el ombligo
y en sus pechos, cautiva con espinas,
la castísima flor de la inocencia,
dispuestos más que nunca
a la consagración del estupor.

Brotan de la rabiosa ortiga
a la hora puntual y humeante

en que las piedras descarnadas
se desgajan sin prisa.

Brotan temibles y cainitas
del alcohol profundo de los vidrios.
¿Acaso las vidrieras
no son las uñas muertas de un cadáver?

Este cadáver: la ciudad entera,
con el cáncer letal
que gangrena sus úteros
y calcina sus próstatas.

Brotan en su perfecta desnudez
sucios, con hambre, caprichosos,
sus andrajos son alas
con que bordan en
en plazas y mercados populares.

Su lengua escupe lava de almendros
que deja piedras a su paso
con que se construyen
catedrales y torres de Babel
todos los siglos de los siglos.

ELLOS SON las inmóviles estatuas
del viento, de las sombras y del humo.

Desperdigados al azar
pululan en el bordoneo tenaz
de vehículos-

SERGIO JESÚS RODRÍGUEZ. Poeta mexicano. Correo electrónico:
sergio_jesus33@hotmail.com

